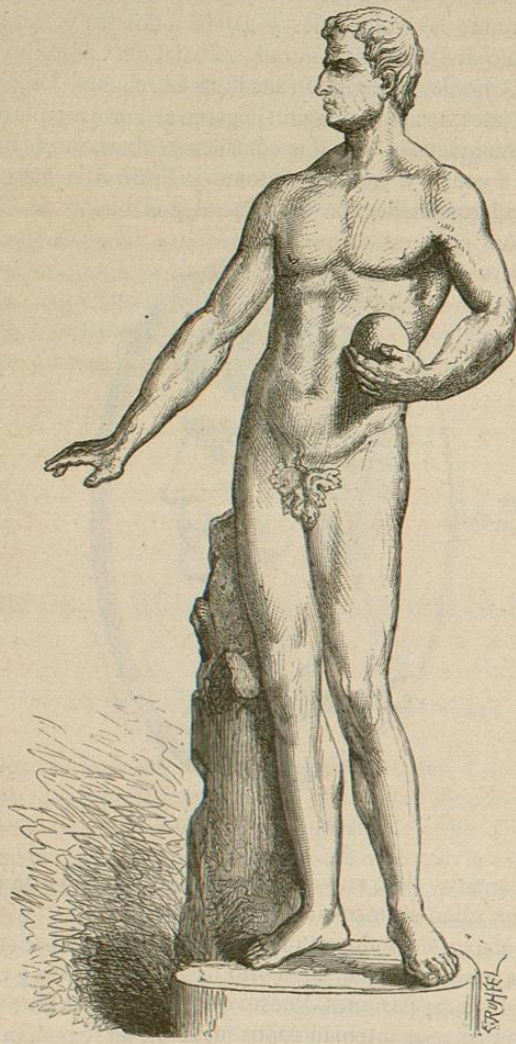


Otra escena, manejada con arte, acabó de entregar el pueblo entero á discreción de Antonio. Habíase preparado una pira en el Campo de Marte para hacer á César los últimos honores; pero en el Foro era donde debía pronunciarse el elogio fúnebre. Llevóse pues al Foro el cadáver en un lecho de marfil con aparato grandioso; se depositó cabe los Rostros y Antonio se puso al lado del ilustre muerto.

«No es justo, dijo en son de duelo, no es justo que un hombre tan grande lleve sólo el elogio de mi lengua, pobre



César deificado (1)

siempre y más ahora tan embargada por el dolor. Pero escuchad, escuchad la voz de la patria misma.»

Y leyó lentamente los senadoconsultos que concedían á César honores divinos, que lo declaraban santo, inviolable, Padre de la patria. Y pronunciadas estas últimas palabras, añadió de suyo volviéndose de pronto hacia el lecho mortuario:

«He aquí la prueba de la clemencia de ellos con él. A su lado todos habían encontrado seguro, y él mismo no ha podido salvarse: sus mismos protegidos lo han asesinado. ¡Y habían jurado defenderlo! ¡Y habían consagrado á los dioses infernales á todo el que no lo cubriera con su cuerpo!»

de los rumores que se hicieron correr, respecto de la influencia de la reina sobre César, y sobre los proyectos neciamente atribuidos al dictador de querer trasladar á Alejandría la capital del imperio. Se ha atribuido al gran hombre la locura de Antonio; y mal que les pese á los historiadores novelescos, hay que reducir estos amorfos reales á las proporciones de una aventura fortuita sin influencia ninguna en los negocios públicos.

(1) Colección Mattei, p. 75, y Clarac, p. 910, n.º 2318. B.

Y tendiendo las manos al Capitolio, añadió con ronca voz:

«¡Oh Júpiter, custodio de esta ciudad! ¡Oh dioses del cielo y del infierno! á todos os pongo por testigos y por todos juro que vengaré la muerte de César.»

Y se acercó más al cadáver y entonó un himno como en honor de un dios. Y luego con palabra rápida y ardiente recordó sus guerras, sus combates, sus conquistas, sus prodigios militares.

«¡Oh héroe invencible! exclamó concluyendo. ¡Y sólo saliste incólume de los peligros de tantas batallas para venir á caer asesinado en medio de nosotros!»

Y en diciendo esto, arranca la toga que cubría el cadáver, muestra al pueblo la sangre que la mancha y las roturas hechas por los puñales de tantos asesinos. Antonio sollozaba y los sollozos del pueblo respondieron á los suyos.

Pero no era bastante. El cuerpo de César, tendido en el lecho fúnebre, se ocultaba á la vista de la multitud; cuando veis aquí que de pronto se enderezó el cadáver con las veintitrés heridas en el pecho y en la cara (2), mientras el coro fúnebre cantaba: «No los he salvado sino para morir por ellos.»

El pueblo creyó que César mismo se levantaba de su lecho fúnebre pidiéndole venganza, y luego al punto corrió en tropel á la curia, adonde fué asesinado, y le pegó fuego; buscaron á los asesinos, y engañados por el nombre hicieron pedazos á un tribuno que tomaron por el pretor Cinna. De las ruinas de la curia tomaron encendidas teas que fueron á arrojar á las casas de los conjurados para que ardiaran también. Después volvieron al Foro, tomaron el cadáver y fueron á quemarlo al mismo templo de Júpiter. Mas cediendo á los ruegos de los sacerdotes, volvieron al Foro y depositaron el cuerpo en el sitio en que se alzaba el palacio de los reyes. Para hacerle una pira, rompieron los tribunales y los bancos; los soldados añadieron sus lanzas, los veteranos sus coronas, sus armas de honor, sus recompensas militares, las mujeres sus adornos y atavíos: hasta se creyó ver á los Dióscuros Cástor y Pólux trayendo la primera antorcha encendida.

El pueblo pasó toda la noche al rededor de la hoguera. Un cometa, que por entonces se mostró en el cielo, pareció justificar la apoteosis, y se creía que César había sido recibido entre los dioses; á lo menos para el pueblo era cosa de fe. A fin de consagrar esta creencia popular y hacerla más duradera con una imagen sensible, erigió Octavio en el templo de Venus una estatua de bronce que representaba á su padre adoptivo con una estrella de oro en la cabeza, y algunas medallas representan así al nuevo dios.

A este duelo del pueblo respondieron desde lejos los gemidos de las naciones. Como Alejandro, César fué llorado por los pueblos mismos que había vencido, y los representantes de las provincias en Roma, se señalaron por la sinceridad de su dolor. «Todas las naciones, dice Suetonio, vinieron á su vez á lamentarse al Foro llorando á su manera al protector que habían perdido; los judíos especialmente se distinguieron en las manifestaciones de su profundo pesar, permaneciendo muchas noches al rededor de la hoguera. Se ha preguntado si no había una secreta comunión de pensamientos entre el pueblo de que iba á salir la unidad religiosa y el hombre que había querido fundar la unidad

(2) Era la imagen de cera de que habla Polibio, hecha á semejanza del muerto y que lo representaba en las ceremonias fúnebres. Antonio la había hecho disponer de manera que se pudiera poner de pie y volverla á todos los puntos del Foro para que desde todas partes se vieran las heridas abiertas.

política. Los judíos no hacían más que pagar su deuda para con el caudillo, que, después de haberlos vengado de la profanación de su templo, les había permitido establecer en Roma una sinagoga y eximido del tributo durante el año sabático (1).

Antonio había logrado su objeto: los asesinos huían; pero el senado estaba profundamente irritado de que se hubiera recibido así la amnistía votada el día anterior. El cónsul, á quien importaba mucho aparecer dentro de la legalidad en un momento en que todos hablaban de la constitución vengada, necesitaba este cuerpo para ponerse en estado de dominarlo; y desde luego se lo atrajo provocando el indulto y llamamiento de Sexto Pompeyo y la abolición de la dictadura, y más seguramente aún deteniendo el movimiento popular que cierto Amacio quería prolongar en provecho propio. Este hombre, que decía ser pariente de Mario y de César, había levantado en el sitio mismo de la hoguera un altar con esta inscripción: «Al Padre de la patria,» y todos los días se hacían en él sacrificios y libaciones, con peligro de la paz pública. Antonio dejó á su colega Dolabela que derribara el altar y ejecutara al demagogo con algunos de los suyos.

Consintió también en celebrar una entrevista fuera de Roma con Bruto y Casio, que ante la indignación popular se habían retirado á Lanuvio. Les garantizó la seguridad de sus personas, y como no se atrevieran, sin embargo, á entrar en Roma, donde en virtud de su cargo, debían residir, les hizo dar la comisión de los víveres para legalizar su ausencia (2).

Los demás conjurados se disponían á ir á tomar posesión de sus gobiernos, y dejó partir á Décimo Bruto para la Cisalpina, á Cimber para la Bitinia y á Trebonio para el Asia. Tampoco se opuso á que se devolvieran á Sexto Pompeyo sus bienes aun no vendidos, con una indemnización de 50 millones de dracmas por los que se hubieran enajenado, ni á que se le diera el proconsulado de los mares (3). Jamás había tenido el senado un cónsul más condescendiente y dócil. Así, cuando quejándose Antonio de verse perseguido como un traidor por el odio del pueblo, pidió una guardia para su seguridad personal, no se negó el senado á condescender á su vez. Antonio la hizo subir muy luego á seis mil hombres: era ya un ejército que le permitía arrojar la máscara.

El senado había ratificado los actos de César, y Antonio extendió esta sanción á los proyectos del dictador: como poseía todos sus libros y había ganado á su secretario Faberio, leía en estos documentos, ó hacía escribir, todo lo que tenía interés en encontrar en ellos. Con esto, la república, el tesoro, los cargos todos estuvieron á su arbitrio, y César muerto fué más poderoso que lo había sido en vida, pues lo que él no se había atrevido á hacer, lo hacía Antonio en su nombre: vendía los empleos, los honores, hasta las provincias, como la Armenia Menor, los honores, hasta la Creta, que pagó su independencia á dinero contante; sino que perdió su dinero.

(1) Josefo, *Ant. Jud.* XIV, 3, 5. Tenían una colonia en Roma desde el año 139.

(2) Apiano (*Bell. civ.* III, 2) dice que Bruto y Casio, para granjearse el apoyo de los veteranos, provocaron la abolición de una de las mejores leyes de César, la que les prohibía vender sus tierras en veinte años.

(3) Después de la muerte de César, Sexto Pompeyo, refugiado hasta entonces en los Pirineos, comenzó la guerra contra el gobernador de la España Ulterior, Asinio Polión, y recobró las dos provincias, donde levantó seis legiones. Pero cuando recibió el decreto que le concedía sus bienes y el proconsulado del mar, pasó á Marsella para reunir una flota.

Estos escandalosos tráficos restablecieron su hacienda y aun levantaron su fortuna: en los idus de marzo, debía ocho millones, y antes de las calendas de abril, había pagado todos sus atrasos y capitalizado 135 millones, que le sirvieron para comprar soldados, senadores y á su colega Dolabela, uno de los más peligrosos adversarios del partido en que había militado hasta entonces.

Para granjearse la voluntad de los sicilianos les concedió el derecho de ciudadanía: acaso fuera esto realmente uno de los pensamientos del dictador. Pero no tenía escrúpulos en echar por tierra, cuando le convenía, sus leyes más importantes. Restableció la tercera decuria de jueces, componiéndola de centuriones y manipularios ó soldados rasos de la legión gálica de la *Calandria*, y anuló la disposición sobre apelación al pueblo y sobre el gobierno de las provincias consulares, cuya prorrogación autorizó hasta seis años á fin de procurarse, para después del consulado, un retiro adonde pudiera estar mucho tiempo á buen recaudo de sus enemigos. Cuando con todas estas disposiciones se creyó Antonio bastante fuerte, casi rompió la tregua concluida con los asesinos, haciendo despojar á Bruto y á Casio de sus ricos gobiernos de Siria y Macedonia para darles en cambio los dos más pobres, el de Creta y el de Cirene. Dolabela, su colega, se adjudicó el primero y Antonio tomó el segundo, donde había acantonadas fuerzas considerables. «El tirano ha muerto, exclama con despecho Cicerón; pero la tiranía vive aún» (4).

II. — OCTAVIO Y ANTONIO (ABRIL 44).

En este intermedio hubo de llegar á Roma un joven hasta entonces poco conocido, Octavio, sobrino de César por parte de su madre Atia, hija de una hermana del dictador. A los cuatro años de edad había perdido á su padre, rico caballero romano de familia plebeya, originaria de Velitras, y no teniendo César hijos, se había encargado de la educación del niño. A los quince años recibió por toga viril la laticlavia, insignia de la dignidad senatorial; más tarde un pontificado y después de la guerra de Africa, recompensas militares, bien que no hubiera formado parte de la expedición. Una enfermedad hubo de impedirle llegar oportunamente á España para asistir á la batalla de Munda; pero César quería llevarlo consigo contra los partos y ya lo había enviado á Apolonia en medio de las legiones que allí se reunían.

Los escuadrones del ejército de Macedonia iban alternativamente á maniobrar en presencia del joven Octavio, el cual por orden de su tío tomaba parte en los ejercicios. Esta precaución salvó la fortuna del ilustre huérfano, pues con la maravillosa habilidad de que en breve dará repetidas pruebas, se granjeó el afecto de los soldados, y cuando se supo la muerte del dictador, lo invitaron los tribunos á ponerse bajo la salvaguardia de aquellas fieles legiones. Sus amigos Salvidieno y Agripa le aconsejaron que aceptara (5); pero esto hubiera sido como una declaración de guerra al senado y á los asesinos, y Octavio, carácter reservado, que daba tanto á la prudencia como César á la audacia, desechó este proyecto, pero audaz á su manera,

(4) *Ad Fam.* XII, 1, *Philipp.* V, 4.

(5) *Vel. Patern.* II, 59. Este Salvidieno era hijo de un pobre campesino y fué pastor en su primera juventud. Habiendo ingresado en el ejército de César, fué subiendo de grado en grado á sus órdenes y llegó á figurar entre sus primeros oficiales (*Apiano, Ibid.* V, 66). Los habitantes de Apolonia ofrecieron á Octavio todos sus bienes, y él recompensó después esta fineza declarando libre la ciudad y exenta de impuestos.

se resolvió á pasar á Roma solo, á pesar de la oposición de sus deudos y amigos, á reclamar su peligrosa herencia. Comprendía muy bien que no podía evitar la proscripción, sino haciéndose temible, ni había otra alternativa para su destino que la muerte ó la fortuna de César.

Incierto de la disposición de ánimo en que estuviera la guarnición de Brindis, desembarcó en el puertecillo de Lupia, donde se conocía ya la escena de los funerales y los decretos del senado que confirmaban los actos del dictador. Desde este momento, tomó el nombre de César, que saludaron con sus aclamaciones los primeros soldados que encontró. A recibirlo acudieron los libertos, los amigos de su padre adoptivo y los veteranos de las colonias que fueron á ofrecerle su espada, si quería vengar su muerte. Pero él, sin descubrir más pretensión que la de cumplir las últimas voluntades de la ilustre víctima, viajaba sin ruido ni fausto.

Cerca de Cumas supo que Cicerón estaba en las inmediaciones y fué á hacerle una visita encantando al anciano con sus halagos y fingido abandono. A fines de abril entró en Roma; pero Antonio estaba ausente recorriendo la Italia para reclutar amigos y sobre todo para atraerse á los veteranos.

Octavio tenía entonces diez y nueve años apenas; en vano sus amigos renovaron sus instancias para que no usara el nombre de César: el segundo día de su llegada se presentó al pretor declarando que aceptaba la herencia y la adopción; después subió á la tribuna y prometió al pueblo reunido que cumpliría las últimas voluntades de César (1).

Antonio no volvió á Roma hasta primeros de marzo; Octavio le pidió una entrevista y concurrieron á los jardines de Pompeyo. Después de las protestas de amistad, Octavio le echó en cara la amnistía concedida á los asesinos y el olvido en que tenía la venganza de los manes de César, acabando por reclamarle el dinero que había dejado el dictador á fin de poder pagar lo que debía al pueblo.

Antonio estaba resuelto de antemano á no restituir un sestercio y se dispuso á enviar á la escuela al osado niño. En su virtud contestó que, cónsul del pueblo romano, no tenía que dar cuentas á un particular; que debía saber que sin sus esfuerzos, hubiera sido César declarado tirano y por consiguiente anulado su testamento; que en cuanto al dinero, el poco que César había dejado había servido para comprar los decretos que salvaban su memoria, y en fin, que Octavio tomaba muy mal camino queriendo lisonjear al pueblo, masa móvil y menos segura que la ola que va á batir incesantemente nuevas playas. Todo esto debía haberlo aprendido en la escuela de que salía.

Octavio se retiró profundamente resentido de estas amargas ironías. Así, pues, todo le faltaba: sus parientes y amigos le aconsejaban permanecer en las sombras, y Antonio especialmente tenía en ello el mayor empeño. Otro hubiera cedido; pero detrás de sus amigos y deudos tímidos y apocados, había visto Octavio al pueblo y á los soldados aplaudirlo y animarlo; y con una audacia que bien valía por la del más bravo en el campo de batalla, persistió en sus designios.

Se le negaron los tesoros de su padre, y puso en venta las tierras, las *villas* del dictador, y como estos dominios, con ser tan valiosos, no bastaran, vendió sus propios bie-

(1) En los fragmentos de Nicolás Damasceno, hallados á principios de este siglo en el Escorial, pasan las cosas de muy distinta manera. Octavio, que hizo tomar todo el dinero enviado á Grecia para la expedición de César, llegó á la Campania con gruesas sumas, recorrió las colonias establecidas por el dictador, arengó en las ciudades á los soldados y al pueblo, distribuyó dinero y decidió á dos legiones á seguirlo á Roma. Esta narración es más verosímil.

nes y tomó de sus amigos á préstamo, comenzando por arruinarse, como César, y como él, comprometiendo el presente en beneficio del porvenir.

Después de haberse burlado del pretendiente, M. Antonio acabó por recelar y vigiló seriamente su conducta. Multiplicó á sus pies los obstáculos; impidió que una ley curiada ratificara la adopción; le suscitó mil litigios de gentes que alegaban mejor derecho á su herencia ó reclamaban créditos. Y un día que el joven César arengaba al pueblo, hizo que sus lictores lo arrancaran de la tribuna. Pero esta guerra desleal, estas violencias, aprovechaban á su adversario, cuya popularidad crecía á proporción que menguaba la de Antonio.

Pero éste echó de ver esta desafección del pueblo y se detuvo. Fuera de esto, necesitaba el favor del pueblo para un nuevo cambio. Su provincia de Macedonia le parecía demasiado distante de Roma y quería que se le diera la Cisalpina, con el propósito de llamar luego á esta provincia las seis legiones de veteranos que César destinaba á la guerra de Oriente, y hacerles atravesar toda la Italia y acaso servirse de ellas para combatir ó tener á raya á sus contrarios.

Por razones diferentes, el joven Octavio aprobaba este plan: Décimo Bruto mandaba la Cisalpina, y Octavio tenía interés en no dejar á uno de los conjurados en esta fortaleza que domina á Italia y á Roma. Contaba con muchos amigos en el ejército de Dalmacia, y si desembarcaba, acaso no fuera Antonio tan dueño de él como pensaba.

Los dos jefes de los cesaristas se acercaron momentáneamente y se reconciliaron. Octavio empleó su influencia en hacer pasar la ley, que el senado combatió y las tribus aceptaron (junio ó julio 44) (2).

Octavio esperaba que Antonio le devolvería servicio por servicio. El pueblo quería darle el tribunado, aunque su adopción en la familia patricia de los Julios le creara una incapacidad para este cargo. Antonio hizo fracasar este empeño promulgando un edicto en que conminaba severamente á todo el que pretendiera cargos contra la ley. Verdaderamente Octavio no tenía la edad requerida; mas como el pueblo no se parara en barras y amenazara con pasar adelante, el cónsul disolvió la asamblea.

A pesar de esta decepción, el joven César había hecho en pocas semanas grandes progresos: el pueblo era suyo; pero la fuerza no residía ya en el Foro. Sus emisarios recorrieron secretamente las colonias de veteranos, mientras otros salían á recibir las legiones que llegaban de Macedonia. Estas gestiones dieron resultados.

En efecto, un día vió Antonio entrar en su casa á algunos tribunos militares, los cuales con lengua suelta y sin rodeos le recordaron que no había más que un solo interés común entre los amigos de César, y este interés era la venganza de su muerte y el mantenimiento absoluto de todos sus actos y disposiciones; que este objeto no se lograría mientras no compartieran sus fuerzas, y que cuanto antes debía reconciliarse con el hijo adoptivo del dictador.

Esta explicación valía por una orden, y los dos jefes se dejaron llevar por los tribunos al Capitolio para jurarse allí eterna amistad.

Algunos días después el cónsul reprochaba al joven Octavio haber pagado asesinos para que le dieran muerte, y

(2) Apiano, *Bell. civ.* III, 25-37; Dion, XLV, 9. Muchos senadores habían dicho que preferían devolver á los galos su independencia á entregar esta provincia á Marco Antonio. Otros habían propuesto anexionar la Cisalpina á Italia, lo que hubiera suprimido el gobierno, el procónsul y el ejército que allí se sostenía.

Octavio á su vez echaba en cara al cónsul la misma acusación. Pero el joven César no podía pensar en este medio extremo, porque necesitaba al más hábil de los generales de su padre y no quería más que obligarlo á compartir con él, á lo menos por de pronto.

Entre tanto, íbase formando en Roma la más viva oposición contra Antonio: los descontentos sentíanse alentados por la división que se había introducido en el campo de los cesaristas, por los progresos de Sexto Pompeyo, que reunía una poderosa armada, por las noticias de Oriente,

fuga de Italia hubo de detenerlo. A los sesenta y tres años volver á vivir bajo la tienda era demasiado tarde; más valía quedarse en el campo de batalla, luchar, y si era preciso morir en él. Y Marco Tulio tornó á Roma (31 agosto).

Antonio había convocado el senado para el primero de setiembre y Cicerón dejó de asistir excusándose con la fatiga del viaje y su mal estado de salud. El cónsul tomó á desaire su ausencia y prorrumpiendo en violentas invectivas llegó hasta á decir que enviaría soldados á llevarlo de grado ó por fuerza ó á quemarle la casa, si se resistía.

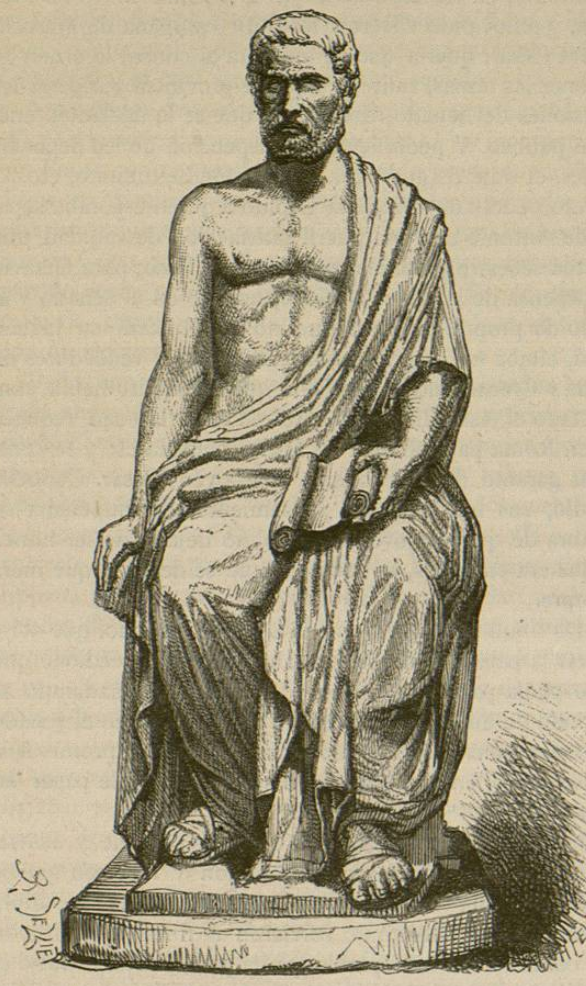
El día siguiente había también sesión: Antonio no asistió esta vez dejando presidir la asamblea á su colega Dolabela, yerno de Cicerón. Alentado éste por las circunstancias, se presentó en el senado y lanzó la primera de aquellas oraciones, que en recuerdo de Demóstenes llamó *Filípicas*. En ella, guardando ciertos miramientos al hombre, atacó vigorosamente sus actos, á gusto y contentamiento de todos. Furioso Antonio, pasó quince días fuera de Roma componiendo su contestación, y el 19 de setiembre, convocó al senado para que la oyera.

Naturalmente, en este acto de acusación, apareció Marco Tulio culpable de muchos crímenes: de la ejecución ilegal de los cómplices de Catilina, del asesinato de Clodio, de la enemistad de Pompeyo y César, y del asesinato del dictador. Hubiera querido Antonio reunir todos los partidos contra él probando que cada uno de ellos tenía que echarle en cara una falta ó un crimen; sobre todo, se esforzó en presentarlo á los veteranos como la víctima expiatoria que reclamaban los manes de César.

Afirma Marco Tulio que estaba decidido á asistir á esta sesión, pero que se lo impidieron sus amigos. Verdaderamente hubiera corrido algún peligro, porque el cónsul había hecho guardar por soldados los alrededores de la curia. Pero ni siquiera se atrevió ya á permanecer en Roma, y se retiró á una de sus quintas, cerca de Nápoles, donde compuso la segunda *Filípica*, obra divina, dice Juvenal (2), que no pronunció Cicerón, ni por consejo de prudencia publicó hasta después de la partida de Antonio para la Cisalpina.

Durante esta guerra de palabras y arrebatos de elocuencia, el joven Octavio, con mucho menos ruido, minaba más profundamente la posición del cónsul, corrompiendo á sus soldados. Supo Antonio que las legiones desembarcadas en Brindis eran sordamente trabajadas por misteriosos agentes y partió allá sin demora para contener la defección (3 octubre). El que era ya su rival salió también de Roma, dió una vuelta por la Campania y la Umbría entre los colonos de su padre y se atrajo hasta diez mil hombres prometiendo á cada veterano 2,000 sestercios. Procuraba atraerse á Cicerón y por su influencia al senado, á fin de obtener de esta asamblea un título que pareciera conferirle una autoridad legal, y todos los días escribía al viejo consular instándole á volver á Roma á ponerse al frente de los negocios, á combatir al enemigo común y salvar segunda vez la república: prométale confianza y docilidad; lo llamaba padre y Marco Tulio se dejó seducir por el joven.

En Brindis, olvidando Antonio que los soldados no conocen la disciplina, cuando los jefes desconocen las leyes, había reprochado duramente á los legionarios su afecto á un *niño temerario*, les echó en cara también su conducta sospechosa al guardar silencio, en vez de delatarle los nombres de los agentes de discordia que se habían introducido en su campo; pero se prometía dar con ellos y darles ejem-



Demóstenes (1)

según las cuales, Trebonio se había apoderado del Asia Menor y las legiones de Siria llamaban á Casio. Bruto había dejado partir á su colega, y dudando sobre la conducta que había de observar, había permanecido al ancla en el golfo de Puzolo, donde hubo de celebrar con gran magnificencia los juegos que debía al pueblo de Roma por su pretura, sin atreverse, con todo eso, á presentarse en ellos. Cicerón le aconsejaba que no saliera de Italia, para estar siempre en oportunidad de aprovecharse de la mala inteligencia y desacuerdo de Antonio y Octavio.

Pero las amenazas de los unos y la flaqueza de los otros, las legiones de Brindis, los veteranos de las colonias, el senado mismo que no sostuvo á Pisón, el cual rompió con el cónsul por un discurso enérgico, todo esto lo llenó de espanto y partió. De sus temores se contagió Cicerón, el cual se embarcó para Grecia con intención de esperar allí el término del consulado de Antonio, y fué hasta Siracusa; allí volvió á sus indecisiones y el recuerdo de su primera

(1) Se encontró esta estatua en el emplazamiento de la villa de Cicerón, de que se ha inferido que adornaba esta quinta.

(2) *Divina Philippica* (X, 125). Cicerón la envió á Atico á fines de octubre preguntándole si debía publicarla (*ad Att.* XV, 13).

plar castigo. En cuanto á los soldados les prometió una gratificación de 400 sestercios.

Estas amenazas y esta mezquindad, á que no estaban ya acostumbrados los legionarios, fueron recibidas por ellos con irónicas sonrisas. Antonio se enfureció y contestó á ellas cruelmente, diezmándolos: algunos centuriones fueron degollados en su misma casa, á los pies de Fulvia, su esposa, que se cubrió de sangre (1).

Algunos días después, se desembarazó también de muchos sospechosos que al principio había olvidado. Luego dirigió sus tropas á lo largo del Adriático hacia Ariminum (Rimini), mientras él, con escogida escolta, volvía á Roma (octubre 44).

Sin demora convocó el senado con la intención de acusar á Octavio de alta traición, por haber levantado tropas sin misión oficial. Pero supo que dos legiones de Brindis acababan de pasarse á su rival, y el senado le era hostil. Comprendió que en Roma sería batido; que como Sila y César, debía buscar en los campamentos los medios de entrar como dueño en la ciudad, y partió para Ariminum.

Décimo Bruto no se había sometido al plebiscito que lo despojaba de la Cisalpina, é invocaba para legitimar su resistencia la ratificación de los actos de César, hecha por el senado. Antonio iba á expulsarlo de esta provincia, y luego estrecharía su alianza con Lépido, gobernador de la Narbonense y de la España Citerior, y con Planco, que mandaba tres legiones en la Galia Transalpina. Dueño entonces por sí mismo, ó por sus dos amigos, de las provincias que había tenido su antiguo general, pasaría como él el Rubicón y renovária la historia del dictador con otro desenlace, renunciando á la clemencia que había perdido á César (noviembre).

III. — EL JOVEN CÉSAR, GENERAL DEL SENADO (ENERO 44).

Cicerón volvió á Roma casi al mismo tiempo. La situación parecía más tranquila: los jefes de los dos partidos habían abandonado la ciudad; los asesinos, ó sea la facción de los grandes, estaba en el Oriente, y Antonio y Lépido, representantes de la soldadesca, en las dos Galias. Era pues lícito pensar que los *hombres de bien*, dueños ahora de Roma y del gobierno, podrían recobrar su influencia con habilidad y energía. Marco Tulio se puso resueltamente á la cabeza y hubo de pensar en los buenos tiempos de su consulado. Con todo eso, bien se le alcanzaba que la espada, no la elocuencia, decidiría la victoria. ¡Y el senado no tenía ejército!

Pero lo tenía aquel joven que acababa de expulsar á Antonio. ¿Sería difícil ganarlo para la buena causa? No era aún más que un nombre, una bandera que servía á los veteranos de punto de reunión; pero ¿no podía el senado servirse de esa bandera? Animado de un piadoso celo, el joven Octavio no tiene otra ambición que cumplir el testamento de su padre: cuando en este empeño se haya arruinado, necesariamente volverá á la oscuridad. Algunos elogios y honores bastarán á esa vanidad de veinte años y su poca edad responde de su docilidad y obediencia. Octavio dará pues á los senadores ese ejército que les falta, y después de la victoria, se romperá el instrumento y en paz. ¿No será un curioso espectáculo y una legítima expiación hacer servir los veteranos de César para consolidar y fortalecer la libertad?

Tales eran las esperanzas en que se mecía el viejo con-

(1) Es la narración, sin duda exagerada, de Marco Tulio (*Philipp.* III, 4, y XII, 6), que habla de trescientas ejecuciones. Según Apiano, se redujo el castigo á sólo algunos legionarios condenados á muerte.

sular, á pesar de los avisos de los que le representaban que aquel joven había mostrado una prudencia y audacia superiores á su edad.

Diez días solamente después de su regreso á Roma, hizo Cicerón en el senado y ante el pueblo el elogio de Octavio; felicitó á las legiones que por él habían abandonado los estandartes del cónsul, y al gobernador de la Cisalpina que resistía valerosamente el ataque del ambicioso general, cuyo título hacía sin embargo de él el jefe legal de la república.

Antonio, en efecto, sitiaba ya á Décimo Bruto en Módena, y renovando Cicerón la inútil campaña de Marcelo contra César, quería que se intimara al cónsul la orden de deponer las armas, salir de aquella provincia y esperar las decisiones del senado; donde no, que se le declarara enemigo público. Y pedía levas, la suspensión de los negocios civiles, el traje de guerra, la declaración de tumulto, etc.

Pero pedía también: para Lépido á quien esperaba separar de Antonio con una pueril satisfacción de vanidad, una estatua ecuestre y dorada, erigida en el Foro; para Octavio la dispensa de las leyes *Annales*, asiento en el senado y el título de propretor. Para que no se objetara su juvenil edad, citaba los mandos prematuros de los vencedores de Zama y Cinoscéfalos; recordaba que Alejandro había conquistado el Asia, diez años antes de tener la edad requerida en Roma para obtener las fasces consulares; y se constituía garante del patriotismo del joven César. Conocía, añadió, sus más secretos pensamientos, y empeñaba su palabra de que el joven Octavio no dejaría de ser nunca lo que era entonces, es decir, lo que se deseaba que fuera siempre.

Más tímido el senado que el ardiente anciano, que al recobrar la palabra volvía á ser tan valiente, concedió lo que se le pedía para el heredero del dictador, añadiendo la erección de una estatua ecuestre (2), asiento en el senado entre los consulares y la ratificación de sus promesas á los soldados, encargándose el tesoro público de pagar su deuda.

Sin embargo, los dos nuevos cónsules, Hircio y Pansa, antiguos amigos de César, propusieron y lograron que se hiciera aún una tentativa para conservar la paz. Los diputados enviados á Antonio volvieron á fines de enero con una contestación inaceptable: pedía para Bruto y Casio el consulado, á fin de hacer sus paces con ellos; para sus legionarios, dinero y tierras (primera condición de todo tratado de paz, desde Sila) y para sí el mando de la Galia Transalpina por espacio de cinco años, con seis legiones y la ratificación de todos sus actos, como se había hecho con los de César.

Cicerón no pudo arrancar todavía una declaración de guerra, y el decreto que encargó á los dos cónsules y á Octavio de hacer levantar el cerco de Módena no hablaba sino de apaciguar un tumulto (3). Octavio recibió para esta campaña el título de propretor con el imperio y un poder igual

(2) Vel. Patérculo (II, 61) hace observar que sólo Sila y Pompeyo tenían hasta entonces estatuas ecuestres. Para que se concediera el mismo honor á un joven de 19 años, era preciso que en el senado hubiera muchos partidarios de César.

(3) La palabra *tumultus* tenía dos sentidos: designaba una guerra formidable que exigía los esfuerzos de todos los ciudadanos ó una turbulencia que no merecía el nombre de guerra. Cicerón lo había tomado en un sentido y el senado en otro. Sin embargo los ciudadanos vistieron el *sagum* de los soldados, y cada uno contribuyó con el 5 por 100 de sus haberes; los senadores añadieron á esta contribución general 4 óbolos por cada una de las tejas de su casa, como pagamos nosotros por puertas y ventanas.

al de los cónsules en ejercicio. Por otro senadoconsulto se prohibía que se le llamara niño (1).

Antonio tenía en Roma numerosos amigos que hicieron se tomara el acuerdo de enviarle segunda embajada y para desembarazarse de Cicerón lo nombraron uno de estos diputados. No á deshora echó de ver Marco Tulio el lazo que se le había tendido, y con su segunda *Philippica* hizo revocar una decisión que hubiera dado tiempo á Antonio para rendir la plaza por hambre. Las cartas de Sexto Pompeyo, que reunía fuerzas en Marsella y ofrecía sus servicios, y las noticias de Oriente, según las cuales, Bruto y Casio estaban en posesión de sus respectivas provincias de Siria y Macedonia, vinieron á pedir de boca para secundar la elocuencia de Cicerón, el cual arrastró, en fin, al senado.

A mediados de marzo del 43 entraron en campaña Hircio y Octavio y á fines del mismo mes se les incorporó Vibio Pansa con nuevas fuerzas. Antonio procuró decidirlos á que se reunieran con él, recordándoles que todos eran cesaristas; que el jefe á quien cercaba era uno de los asesinos de César y que ellos serían las primeras víctimas del partido cuyas pasiones servían. El cónsul Hircio envió la carta de Antonio á Cicerón, el cual la leyó en el senado con un elocuente comentario.

Bellos son estos últimos días del célebre orador latino; traía ahora á los negocios públicos toda la actividad, que desde Farsalia venía dando á sus labores literarias, que tantas obras maestras produjeron (2). Aquella tribuna, muda hacía ya quince años, volvía á resonar con los acentos de la elocuencia, pues Cicerón se enseñoreaba de ella para devolverle todo su poder y esplendor. Un anciano, á quien hubiera podido creerse quebrantado por la edad y las vicisitudes de una vida tan agitada, venía á ser por sí solo todo el gobierno. En el senado infundía confianza á los tímidos y valor á los cobardes; en la ciudad, vestido de guerrero, para advertir á todos la inminencia del peligro, provocaba los donativos voluntarios para suplir los recursos del exhausto tesoro y excitaba á la abnegación á los pobres que trabajaban sin salario para abastecer los desprovistos almacenes. Sus cartas iban á las provincias á sostener la constancia de los sitiados de Módena, á retener á Planco y á Lépido, á confirmar las disposiciones favorables del joven Pompeyo y á llamar en auxilio del senado á Polión de España, á Bruto de Macedonia y á Casio de Siria. Este le escribía: «Admírome de lo que haces superándote á tí mismo: el consular vale más que el cónsul, y tu toga más que nuestros ejércitos.»

Pero Lépido no se dignaba contestar; instaba al senado á tratar con Antonio y atraía á Polión y á Planco á su cautelosa política, ó á lo menos, poco senatorial: el hijo del proscrito del 78 y el antiguo maestre de la caballería de César, tenía intereses que no le podía hacer olvidar la retórica de Cicerón. En cuanto á los tiranícidas, estaban muy lejos y fuera de estado de intervenir en el conflicto que había de decidirse tan cerca de Roma. Ya uno de ellos, Trebonio, había pagado su deuda de sangre: Dolabela lo había sorprendido en Esmirna y condenado á muerte. Más tarde hubo de referirse que amenazadores presagios habían anunciado las calamidades públicas: la Madre de los dioses, cuya estatua se elevaba en el Palatino mirando al levante, vol-

(1) *Ne quis eum puerum diceret, ne majestas tanti imperii minueretur* (Servio, ad *Eclóg.* I).

(2) *Plura brevi tempore eversa, quam multis annis stante republica scripsimus* (de *Offic.* III, 1): las *Particiones oratorias*, el *Bruto*, las *Paradojas*, el *Orador*, los *Académicos*, *De los verdaderos bienes y de los verdaderos males*, las *Tusculanas*, los tratados de la *Vejez*, la *Amistad*, el *Destino*, la *Gloria*, los *Deberes* y los *Tópicos*.

vió súbitamente la cara al poniente, como si no quisiera ya ver los lugares ocupados por los asesinos; y la de Minerva en Módena, sudó sangre. Los dioses pues se hacían cesaristas: á lo menos el pueblo á quien se contaban estos prodigios, lo pensaba así, porque los prodigios se hacen siempre para aquellos que están dispuestos á creerlos.

Una ligera ventaja obtenida por las tropas de Antonio antes de la reunión de los tres generales del senado, llevó la inquietud á la ciudad. El 15 de abril del 43, llegó Pansa cerca de Bolonia, donde se encontraban sus colegas, y los dos días siguientes se batieron con encarnizamiento en tres



La Madre de los dioses (3)

puntos á la vez. Pansa estaba ya mortalmente herido y sus tropas retrocedían en desorden sobre *Forum Gallorum* (Castel-Franco), cuando llegó Hircio á la cabeza de veinte cohortes y obtuvo la victoria.

Durante esta doble acción, había defendido Octavio el campamento contra el hermano de Antonio. Este supuso que espantado el joven César de sus primeros ataques, había huido sin insignias y que durante dos días no se le había vuelto á ver. Pero otras narraciones encomiaban, al contrario, su valor, asegurando que había tomado y retenido mucho tiempo un estandarte en lo más recio de la pelea. Por lo demás, los soldados dieron á sus tres jefes el título de *imperator*.

Los dos ejércitos volvieron á sus líneas; pero urgía liberar la plaza, si no se quería que el hambre abriera sus puertas. Antonio la ceñía estrechamente y nada podía entrar ni salir de ella, y unas redes puestas en el Secchia y en el Panaro interceptaron las comunicaciones que habían establecido audaces nadadores. «Pero Anonio, dice Plinio, no era dueño del aire.» Y en efecto, algunas palomas viajeras lle-

(3) Estatua del Vaticano (Museo Pio-Clementino, I, p. 63).